

miércoles, 22 de agosto de 2007

opinión

GERMÁN VALCÁRCEL

Potaje autonómico

En nuestro país, la crítica radical a toda autoridad y la desconfianza hacia el Estado condujeron a una parte muy importante de la izquierda a inclinarse por el federalismo; en versiones más extremas, por el cantonalismo. Esta desconfianza ante el Estado se vio mantenida e incluso acrecentada durante la dictadura, el Estado era franquista y opresor, opresor no sólo de las libertades individuales sino también de las de los pueblos. La lucha y la resistencia eran, en primer lugar, frente al poder político, frente al Estado. Durante la transición y el debate de las autonomías fuimos muchos, al margen de pasiones y pulsiones nacionalistas, quienes creíamos que una descentralización de las competencias de gobierno supondría una mayor eficacia y mejor gestión, al tomarse las decisiones en órganos más cercanos a la ciudadanía.

El tiempo no parece que nos haya dado la razón. Son muchas las autonomías, provincias, comarcas y ayuntamientos donde el caciquismo, el amiguismo, la corrupción y la connivencia entre poder económico local y políticos ha tomado el control de las decisiones públicas, el uso de los fondos colectivos, las contrataciones y destino de los recursos y, por supuesto, la mordaza de cualquiera que quiera levantar la voz. A nadie le costará adivinar a qué me estoy refiriendo. El potaje de administraciones se ha demostrado de gran utilidad para marear la perdiz, no hay más que escuchar los debates institucionales en las administraciones regionales y locales, son peloteos sobre competencias de otras administraciones, acuerdos, contratos y convenios entre ellas; financiaciones, cofinanciaciones y refinanciaciones; ayudas, subvenciones, fondos de cooperación, de solidaridad, de cohesión...

Para la izquierda, si es izquierda, el Estado debería constituir el único ámbito en el que, mejor o peor, se cumple el juego democrático, y en el que resulta posible establecer contrapesos al poder económico. Cuanto más reducido sea dicho ámbito, más difícil será que cumpla dichas funciones y mitigue las desigualdades del mercado. En la actualidad, se produce un proceso asimétrico con direcciones contrapuestas: mientras se pretende la internacionalización de la economía, se busca que la soberanía política quede confinada en contornos progresivamente más estrechos. En este nuevo marco, el poder político tendrá cada vez más dificultades para limitar al poder económico, haciendo prácticamente imposible la instrumentación de cualquier política económica de izquierdas.

El esperpento que están ofreciendo los socialistas con el pacto llevado a cabo para conseguir la Alcaldía de León, nos demuestra que la melancolía es una antigua y sabia enfermedad capaz de convivir con nosotros, de autodestruirnos lentamente, y la más poética de las melancolías es aquella que nos provoca complejo de culpa por no haber sido felices o lúcidos. Mientras se nos pasa, reivindicemos el llionés, el galego, o el pachuecu, con eso nos entretienen.